



El Rostro Divino-Humanidad

«La mirada amorosa de Jesús: Inclusión de las mujeres en la vivencia del Reino, testimonio de fidelidad y servicio»

Por: Ricardo I. Alaniz Rosas

Con profundo cariño y gratitud a todas las mujeres que me han consolidado en mi experiencia de fe...

Y con particular admiración a quienes integran el lado femenino de este proyecto de Evangelización: Sandra, Claudia, Tere, Laura, Rosy, Martha, Elizabeth:

¡Gracias por ser alegría!

¡Gracias por estar Aquí!

¡Gracias por coincidir...!

Abstract: The present writing contextualizes Jesus' relationship with the women of his time, based on the socio-cultural data of the time, reflecting on the Sacred Scripture the phenomenon of inclusion that theology offers us until we reach the joy of the Resurrection, where a woman is the first witness of the resurrected and with it she makes her way to a new stage in the construction of the Kingdom.

Word Keys: Jesus, Women, Kingdom, Inclusion, Service.

Resumen: El presente escrito contextualiza la relación de Jesús con las mujeres de su tiempo, partiendo de los datos socio culturales de la época, reflexionando en torno a la Sagrada Escritura el fenómeno de inclusión que la teología nos ofrece hasta llegar a la alegría de la Resurrección, donde una mujer es la primer testigo del resucitado y con ella se abre paso a una nueva etapa en la construcción del Reino.

Palabras Clave: Jesús, Mujeres, Reino, Inclusión, Servicio.

“Entonces Yahvé hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, que le hizo dormir. Le quitó una de las costillas y relleno el vacío con carne. De la costilla que Yahvé dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevo ante el hombre. Entonces este exclamó: ‘Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne’. Esta será llamada: Mujer”...

(Gn 2, 21-23)

El texto Sagrado nos introduce en uno de los misterios más bellos y poéticos del genio divino, el espacio de la “Creación”. Lugar donde no solo las cosas existen por voluntad divina, sino que son viva expresión del Amor creador que todo lo sostiene, que edifica y nos anima a la contemplación del misterio oculto en la existencia humana. Es así que la creación del hombre, hecho a *imagen y semejanza* de su creador nos remite a valorarnos por nuestro existir, no en tanto que seamos seres vivos, sino que en nosotros esta la dignidad de ser hijos y amar como el ama, con dignidad y ternura, con belleza y ciencia y, por consiguiente, valorar la vida humana por sobre todas las cosas y con sus distinciones específicas: hombre y mujer.

Desgraciadamente, este misterio amoroso no siempre se entendió así, el pecado transgredió el espacio del corazón, abriendo paso a los instintos egoístas de la carne y ahogando al hombre en una lucha constante por autoafirmarse y de no comprender la dignidad y el valor tan grande de su compañera, la creada a su imagen y semejanza, la mujer. Es por ello que, ante una tradición patriarcal, donde la “Bendición” procedía de la esfera de lo varonil, la mujer era desplazada y cosificada, reduciendo sus capacidades solo a las labores domésticas y excluyéndola de toda realidad político-religiosa de su tiempo.

Ahora bien, ante un status social muy marcado culturalmente del pueblo de Israel, Jesús de Nazareth siempre fue presencia conmoviente y provocativa, no solo en su decir y su actuar, sino en la manera de construir el Reino, desde

aquellos que eran los excluidos del reino de su tiempo: los pobres, huérfanos, viudas, publicanos, prostitutas, etc. Es ahí donde Jesús vuelve al corazón del proyecto original del designio amoroso del padre y que inclusive la misma ley mosaica expresa: *“¡Escucha Israel! Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y a tu prójimo, como a ti mismo”*¹.

La mujer, también es nuestro prójimo y Jesús le incluye en su proyecto, le aprecia por su nobleza y sensibilidad y reconoce en ella las virtudes que se necesitan para construir el Reino del Padre aquí en la tierra. Por lo tanto, la intención de este escrito es adentrarnos a la experiencia de convivialidad entre Jesús y las mujeres de su tiempo, con una mirada de amor e inclusión no solo en la labor social, sino como signo de amor y fidelidad en su participación para la construcción del Reino, como colaboradoras de los apóstoles y pregoneras de su Evangelio.

1. Antecedentes sociales

El movimiento de liberación mesiánica de Jesús ha superado aquellas estructuras donde el Padre-patriarca varón se elevaba con autoridad de género y ha creado una familia de hermanos y hermanas alrededor del mismo Jesús, para escuchar, dialogar y cumplir juntos la voluntad de Dios². Es así que el orden social dominante ponía al padre sobre el hijo, al varón sobre la mujer, al rico sobre el pobre, al sano sobre el enfermo, etc. En contra de eso, Jesús ha ofrecido de manera provocadora el Don del Reino a los enfermos, expulsados, niños, pobres, y con ello a las mujeres, quienes se convertirían en unas enamoradas del Reino, testimonio de servicio y compromiso desde la radicalidad del Evangelio. Ahora bien, las mujeres en torno a Jesús no solo las podemos ubicar como necesitadas, es decir, como un pequeño colectivo de la sociedad marginal, sino como seres que deben ser amados y ayudados de forma caritativa restituyéndoles el regalo de

¹ Dt 6, 5; Lv 19, 18; Lc 10, 27.

² Mc 3, 31-35.

su dignidad y reconociendo las palabras del mismo Adán en la obertura de la creación: “Esta sí que es hueso de mis huesos, carne de mi carne”.

Por otra parte, muchos rabinos las tomaban como incapaces de acoger y comprender la ley, y el dato resulta comprensible, ya que no disponían del tiempo para estudiarla y meditarla. Pero Jesús no ha creado una escuela elitista, sino un movimiento de humanidad mesiánica, dirigido por igual a mujeres y varones, una propuesta totalmente incluyente. Por eso, muchas mujeres le escuchan y le siguen sin discriminaciones³, además de que muchos hombres y mujeres ante su cercanía con Jesús deciden servirle en el desinterés sin necesidad de vender su honestidad (hombres) o su cuerpo (mujeres).

Es necesario puntualizar que Jesús no es un renovador social, sino un profeta escatológico: no quiere remendar el viejo manto israelita, ni echar su vino en odres gastados, sino ofrecer un mensaje universal de nuevo nacimiento⁴. Jesús no distingue a varones de mujeres, sino que les incluye a todos por igual ofreciéndoles la misma palabra personal del Reino y la misma tarea de servicio en favor de los demás. Es por ello que los moralistas de aquel tiempo⁵ distinguían mandatos de varones y mujeres; pero el Evangelio no lo hace, ni canta en bellos textos el valor de las esposas-madres, pues su anuncio va dirigido simplemente al ser humano. Por esta razón, el mensaje del Evangelio: gratuidad-perdón, amor y no juicio, bienaventuranza y entrega mutua, suscita una humanidad (nueva creación), donde no se oponen varones y mujeres por funciones sociales o sacrales, sino que se vinculan como personas ante Dios y para el Reino⁶.

2. Relación de inclusión, sanación y fidelidad

En la Sagrada Escritura, la sustancia del lenguaje androcéntrico consiste en hacer invisibles a las mujeres, por omisión o por mención sólo indirecta a través del

³ Cfr. Mc 15, 40; Lc 8, 13.

⁴ Cfr. Mc 2, 28-22.

⁵ Como los códigos domésticos de Col 3, 18-4,1; Ef 5, 22-6,9; 1 Pe 3, 1-7.

⁶ Cfr. PICAZA, Xavier. *Hombre y mujer en las religiones.*, Ed. Verbo Divino, Estella, 1996, pp. 275-284.

varón. A esto se añade a menudo, como escollo, un entendimiento machista de los textos en la historia de la exégesis. Es por esta razón que nadie duda que los pecadores, los pobres y los enfermos (masculinos por la forma gramatical), para los que Jesús se sabía enviado, eran mujeres y varones; hay en cambio, un fuerte debate sobre la posible presencia de discípulas entre los discípulos, o de matrimonios o parejas femeninas entre los trabajadores de la mies enviados por Jesús de dos en dos según se expresa en Lc 10, 1ss; de carismáticas itinerantes, etc.⁷.

Es así que frente a los rasgos patriarcales están los elementos de la tradición jesuática. Es sorprendente el gran número de mujeres que figuran en la tradición narrativa, a veces ejerciendo roles sexualmente atípicos. Recordemos como ejemplo la unción del Mesías por una mujer en Mc 14, 3-9. La tradición de los dichos abunda en parejas sexualmente simétricas, es decir, en sentencias duales que yuxtaponen a protagonistas masculinos y femeninos o su ámbito vital y laboral específico. Por ejemplo, las parábolas duales del grano de mostaza y la levadura (Lc 13, 18s. 20s), de la oveja perdida y la dracma perdida (Lc 15, 3-7.8-10); también, aunque inconexas en el contexto actual, las parábolas del amigo y la viuda inoportunos (Lc 11, 5-8; 18, 1-8). Por otra parte, ejemplos realmente simétricos de la historia de Israel aparecen en Mt 12, 41s (Jonás y los ninivitas / Salomón y la Reina del Sur) y en Lc 4, 25-27 (Elías y la viuda de Sarepta / Eliseo y Naamán el leproso). El mundo laboral masculino y el mundo laboral femenino se yuxtaponen en Mt 24, 40s (trabajo en el campo / molienda en el molino), Mc 2, 21 (trabajo textil / producción de vino) y Mt 6, 26.28 (tejer / cultivo del campo)⁸. Todas estas expresiones del lenguaje del Jesús las señalo como referencia ya de un arduo trabajo de inclusión entre la realidad moral de su tiempo, ya que la Buena Nueva fue universal, además de que como un dato curioso es que Jesús utiliza en sus parábolas la vida cotidiana de la mujer para expresar la realidad de Dios, y por otra, que el mensaje del Reino de Dios viene a revitalizar la vida cotidiana de la mujer y la asignación de los roles femeninos.

⁷ Cfr. THEISSEN, G. & MERZ, A., *El Jesús Histórico.*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2012, p. 225.

⁸ *Ibid.* p. 26.

Ahora bien, las mujeres que aparecen en la tradición jesuática como destinatarias de Jesús, es decir, como sujetos responsables en el ámbito religioso. Por esta razón, el mensaje de Jesús iba dirigido ante todo a las mujeres económicamente más pobres y socialmente más marginadas: las prostitutas. En la tradición mateana en el capítulo 21, 31s les promete a ellas y a los recaudadores el acceso al reino de Dios. En Lc 7, 36-50, Jesús permite los contactos y besos de una prostituta, los recibe como expresión de amor y asegura a la mujer el perdón de Dios.

Siguiendo el tenor de la inclusión, Jesús sanó a muchas mujeres, en las cuales, se manifiesta el Reino de Dios como un poder curativo que restablece la integridad corporal de las mujeres y las incorpora a la comunidad de creyentes. Es así que el carisma taumatúrgico de Jesús no hace de las mujeres un mero objeto de acción, sino que las integra en un proceso donde ellas toman la parte activa:

1. María, de la ciudad de Galilea de Magdala, "*De la que había echado siete demonios*" (Lc 8, 2), siguió a Jesús hasta Jerusalén y es considerada por un segmento de la tradición como la primera testigo pascual (Jn 20, 11ss; Mc 16, 9).
2. La mujer curada en sábado, según Lc 13, 10-17, es declarada por Jesús en lo religioso: "*Hija de Abraham*". Ella, una vez sanada, alaba a Dios públicamente en la sinagoga.
3. La Sirofenicia, por su hija enferma, ablanda la resistencia de Jesús, una resistencia teñida de orgullo nacional. Mc 7, 24-30 es el único apotegma del NT donde Jesús no domina la argumentación, sino que se deja vencer por ella.
4. La mujer que padecía hemorragias crónicas (Mc 5, 25-34) llega a ser participe, por su propia iniciativa, de la *dynamis*, es decir, de la energía de Dios, transmitida por medio de Jesús que confiere vida y salud. Por su enfermedad, esta mujer era considerada antes como coltualmente impura y no se le permitía mantener relaciones sexuales, pero seguramente en los

demás actos de su vida no se hallaba coartada por tabúes que le impidieran mantener contactos en acciones domesticas de su tiempo.

5. Marta y María, quienes eran hermanas de Lázaro, y ambos amigos de Jesús. En la tradición de Lc encontramos esa cercanía y ambiente de confianza en el cual, Jesús se dirige a ambas, además de que se corrobora en la tradición joanica, en el momento de la muerte de Lázaro, donde los reclamos de Marta son profundos, de cercanía, pero que se revitaliza en la esperanza de su amistad con el maestro: “Pero estoy segura de que Dios te concederá cuanto le pidas”.

Todo este panorama que comparto es para centralizar nuestra mirada en la apertura e inclusión de lo femenino en la vida pública de Jesús, ya que él no prescinde de su amistad y cercanía, sino al contrario, son protagonistas de grandes escenas y dichos propios para ejemplificar la vivencia del Reino. Ahora bien, que esto no se preste a una interpretación “utilitarista”, sino que nos sumerjamos en la creatividad-divinidad que lo femenino esconde, siendo una colaboradora cercana al proyecto del Reino. Es por esta razón que la elección de mujeres como sujetos de parábolas y comparaciones las convierte en personajes de identificación para mujeres y hombres. Si a la parábola del amigo impertinente (Lc 11, 5-8) acompaña otra parábola sobre la viuda que reclama sus derechos (Lc 18, 1-8), ello significa que una mujer representa la conducta adecuada del ser humano ante Dios. Por consiguiente, tal uso de las imágenes es una protesta implícita contra la equiparación de ser humano y varón, inherente al lenguaje y al pensamiento patriarcal.

3. La mujer Pascual

Las mujeres no abandonaron a Jesús en las horas últimas y más trágicas de su vida mortal. Citando a Juan Pablo II: «De los apóstoles sólo Juan permaneció fiel; las mujeres eran muchas. No sólo estaba la Madre de Cristo y “la hermana de su

madre, María, mujer de Clofás, y María Magdalena” (Jn 19, 25), sino que “había allí muchas mujeres mirando desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle” (Mt 27, 55). Como podemos ver, en ésta que fue la prueba más dura de la fe y de la fidelidad las mujeres se mostraron más fuertes que los apóstoles; en los momentos de peligro aquellas que “aman mucho” logran vencer el miedo.»⁹

Cuando Jesús resucitó de entre los muertos, las mujeres llegaron primero al sepulcro, antes de que amaneciera el primer día después del sábado. Fueron las primeras que encontraron el sepulcro vacío, las primeras que escucharon el anuncio: “no está aquí, ha resucitado” (Mt 28, 6). Jesús se apareció primero a las que habían sido testigos de su muerte y sepultura para hacerlas testigos y "evangelistas" de su resurrección ante los apóstoles.

Pasado el día de descanso tras la muerte de Jesús, las mujeres son las primeras que se mueven, que empiezan a hacer algo. Se acercan al sepulcro, habiendo preparado especies y aromas para ungir el cuerpo, según la costumbre judía. Son ellas las primeras en saber de la resurrección, son ellas las primeras en escuchar el anuncio de la noticia que cambiaría para siempre la historia. “Por su amor y celo por Cristo fueron consideradas dignas de recibir este mensaje”¹⁰. Pero los discípulos inicialmente no les creyeron.

Algunos testimonios de los Padres de la Iglesia sorprenden ante esta «inusual» circunstancia:

- San Agustín: *«... en este hecho hay que considerar la amorosa disposición de nuestro Señor... por el sexo femenino cayó el hombre y por el sexo femenino encontró reparación, pues una virgen había dado a luz a Cristo y una mujer anunciaba su resurrección. Por una mujer entró la muerte; por una mujer, la vida. Pero los discípulos no creyeron lo que habían dicho las mujeres; pensaban que deliraban a pesar de que anunciaban la verdad»*.¹¹
- Crisólogo dice: *«Mujer ya santificada, vuelve al hombre; persuádelo a que crea, ya que antes le enseñaste a pecar; cuéntale cómo es*

⁹ JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, 15.

¹⁰ CIRILLO De Alejandría, *Comentario a Lucas*, pp. 72, 939-942.

¹¹ SAN AGUSTÍN, *Discursos*, 232, 2.

*verdad que Jesús ha resucitado, una vez que antes fuiste la causa de su ruina».*¹²

- San Cirilo de Alejandría: *«Una vez instruidas las mujeres por lo que les habían dicho los ángeles, volvieron a toda prisa a referirlo a los discípulos. Por esto sigue: "Entonces se acordaron de las palabras de Él y salieron del sepulcro y fueron a contar todo esto a los once, y a todos los demás". Como la mujer había sido en otro tiempo la causa de la muerte de la humanidad, ahora es la primera elegida para anunciar a todos el gran misterio de la resurrección. Se prefirió el sexo femenino para anunciar el perdón del pecado y la desaparición de la iniquidad»*¹³.

Pero destaca entre todas ellas María de Magdala, que tuvo un rol especial, fue la primera que anunció la alegría de la resurrección del Señor. Ella había sido liberada de siete demonios. San Agustín nos dice que sin duda ella era *“la que más fervientemente amaba al Señor de entre todas las mujeres que habían amado al Señor”*¹⁴ y por eso San Juan resalta su personal encuentro con el Señor resucitado.

Juan relata en su capítulo 20 los hechos tras la resurrección, incluyendo dos apariciones del Señor, en relatos que no tienen relación entre sí, que son presentados en serie, uno después del otro. Resalta el “creer” de los que son testigos. El primero que “vio y creyó” es el discípulo amado, que cree tras haber visto el sepulcro vacío, sin haber encontrado al Señor resucitado, solo viendo los signos. Luego creerá María de Magdala, tras haber hablado directamente con el Señor resucitado. Luego de estos dos relatos, de fe personal, se nos relata la aparición al grupo de los discípulos y al final del capítulo se proclama “Dichosos los que no han visto y han creído” que nos incluye también a nosotros, al lector de hoy. Interesante que los dos discípulos predilectos, un hombre y una mujer, son los que primero creen, ¿será porque tenían más amor? ¿será porque a mayor intimidad mayor capacidad de comprensión y acogida? La experiencia de María de

¹² ID., *Sermón 76*.

¹³ CIRILO DE ALEJANDRÍA, cit. en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena aurea*, In Lucam, XXIV, 1, 5-12.

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *De cons. evang.* 3, 24: «No cabe duda que María Magdalena era la que más fervientemente amaba al Señor de entre todas las mujeres que habían amado al Señor; de modo que no sin razón San Juan haga sólo mención de ella sin nombrar a las otras que con ella fueron, como aseguran los otros Evangelistas.»

Magdala empieza con su encaminarse al sepulcro “cuando todavía estaba oscuro”, hay una dimensión simbólica de las tinieblas que todavía se ceñían sobre el mundo, resalta además la prisa de María por llegarse al sepulcro. Juan no nos dice si viene sola o no, no dice para qué viene. Pero encuentra la piedra removida; no entra, no encuentra a nadie, no recibe ningún mensaje, corre a avisar a los discípulos simplemente lo que ha visto, la tumba está abierta, se han robado el cadáver: “se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto” (v.2).

Nótese que usa el plural sabemos, ¿quizá había otras con ella? Pedro y el otro discípulo corren a prisa y llegan y constatan que el cuerpo del Señor no está. El otro discípulo, se nos dice, «vio y creyó»; nada se dice de Pedro. Pero ambos regresan a casa. María no regresa con los discípulos a casa, ella se queda en la tumba, llorando (v.11). El cadáver era para ella como un último lazo con la presencia de Jesús; busca al muerto para poder así re-encontrar al que tanto amó estando en vida. Buscaba un cuerpo que ungir para expresar así su amor, pero no lo encontraba. Perseveró en su búsqueda y encontró lo que buscaba, excediendo las expectativas de su amor. Se nos dice repetidamente que llora, y primero los ángeles, luego el Señor le preguntan repetidamente ¿por qué lloras? (v. 13.15)

Jesús aparece por detrás, María no lo reconoce, cree que es el jardinero. También este desconocido le pregunta por qué llora añadiendo a quien busca, pregunta análoga a la que dirigió a los primeros discípulos que lo seguían: ¿Qué buscan? Toda esta búsqueda del amado tiene ecos de un pasaje del Cantar 3,1-4:

«En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma; lo busqué, mas no lo hallé. Me levantaré ahora, y andaré por la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al amor de mi alma." Lo busqué, mas no lo hallé. Me hallaron los guardas que rondan la ciudad, y les dije: "¿Habéis visto al amor de mi alma?" Apenas los había pasado cuando hallé al amor de mi alma; lo agarré y no lo soltaré...»

¿Quizá el evangelista Juan se inspiró en esta búsqueda para presentarnos la de María de Magdala? En este punto, el encuentro es cara a cara. Jesús la

llama por su nombre, María (v.16), como llama el Buen Pastor a sus ovejas y éstas le reconocen. No la llama ya mujer sino “María”. Para la mentalidad semítica el nombre alcanza la interioridad de la persona, no se pronuncia a menudo en el discurso directo. También nosotros, cuando somos llamados así, con nuestro nombre, descubrimos que tocan algo muy nuestro, es así que ante el nombre María por fin reconoce a Jesús, exclamando “rabbuní” (v.16), diminutivo de rabbí, un grito que le brota del corazón, con una nota extra de afecto y familiaridad. Llamada y respuesta, “María y Rabbuní”, nos muestra el intercambio entre dos seres que se aman. Ella experimenta lo que había anunciado el Señor: “Su tristeza se convertirá en gozo ... volveré a verlos y se alegrará su corazón y su alegría nadie se las podrá quitar”¹⁵.

Jesús ordena a María “deja de tocarme” (v.17) Quizá ella estaba ya agarrada a los pies del Señor con un gesto de adoración. Jesús con estas palabras no la rechaza, sino que la envía de misión: deja de tocarme pues tendrás que ir a hacer un anuncio, no puedes estar ahí, agarrada a mis pies. Tras estos discursos María va prontamente a transmitir el mensaje de Jesús a los discípulos; tras el anuncio negativo que había hecho (se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde le han puesto) es ahora el momento del anuncio positivo: “He visto al Señor”. Nótese que ella habla de su experiencia, que la fe pascual es el resultado de un encuentro personal; ella no hace un anuncio objetivo (ha resucitado), sino que les da testimonio de su experiencia: “Yo” he encontrado al Señor, Él me ha hablado. Por lo tanto, María Magdalena ha sido llamada la apóstol de los apóstoles, ya que María de Magdala fue testigo ocular de Cristo resucitado, y por esta razón fue también la primera en dar testimonio de él ante de los apóstoles¹⁶.

¹⁵ Jn 16, 20.22.

¹⁶ Cfr. RABANO MAURO, *De vita beatae Mariae Magdaleneae*, XXVII: «Salvator... ascensionis suae eam (=Mariam Magdalem) ad apostolos instituit apostolam» (PL 112, 1474). «Facta est Apostolorum Apostola, per hoc quod ei committitur ut resurrectionem dominicam discipulis annuntiet»: S. TOMMASO D’AQUINO, *In Ioannem Evangelistam Expositio*, c. XX, L. III, 6 (Sancti Thomae Aquinatis Comment. in Matthaum et Ioannem Evangelistas), Ed. Parmens. X, 629.

CONSIDERACIONES FINALES

En suma, después de haber recorrido algunos pasajes bíblicos y contemplar la participación activa de la mujer en la vida ministerial de Jesús, es inevitable no actualizar desde el corazón la vida de nuestras comunidades parroquiales e inclusive la experiencia personal entorno a la fe desde la delicadeza femenina. Valoro con profundo cariño su amor y servicio para nuestra iglesia, que muchas veces desde un punto de vista institucional tiende a la ingratitud, pero muchas de nuestras colaboradoras se mantienen en la discreción para evitar caer en fatigosos protagonismos que pueden volverse propaganda personal.

La mujer, desde su sentir de Madre no solo nos introduce en la vida biológica, sino en el corazón de la fe, la primera que desde su testimonio nos enseña a “persignarnos” y se convierte en nuestra primera catequista (y con esto no digo que el Padre no lo haga, pero considero que por el lado femenino es más notorio), además de que son las más involucradas en los compromisos de la fe de los pequeños, basta mirar a tantas catequistas que se esmeran y entusiasman por compartir la vida y fe con nuestros pequeños, y que en algún sentido, también nos abrazan desde su maternidad, o inclusive, muchas de nuestras colaboradoras tienen un compromiso tan profundo con nuestros hermanos enfermos, que en ellas se confortan y logran palpar la ternura del amor de Dios.

Finalmente, la intención de este texto no es de un partidismo feminista, sino es una manera de reconocer, valorar y agradecer todo su amor y servicio para la Iglesia de Jesucristo. Ellas son la alegría y la fuerza dinámica de muchas de nuestras comunidades parroquiales, que desde su delicadeza, sentimiento y bondad encarnan el amor de todas las discípulas que entusiastas fueron pregoneras y amigas de Jesús quien da cumplimiento a aquellas palabras del profeta Joel: “Yo derramaré mi espíritu en toda carne. Sus hijos y sus hijas profetizarán”¹⁷.

¹⁷ Jl 3,1.